

## “MI HÉROE, TAN GRANDE COMO UN AUTOBÚS”

Hacia ya un buen rato que la noche estaba cerrada en Sevilla. Serían, más o menos, las doce y cuarto de la madrugada. Noche oscura de invierno, triste, fría... muy fría, motivo por el que no había nadie en el Paseo de las Delicias; o eso pensaba yo, porque se había posado junto a la orilla del Guadalquivir una densa niebla que impedía ver más allá de unos pocos metros de mí.

La soledad me asustaba, cualquier ruido hacía ponerme en alerta. Pensé, que podría ser mejor refugiarme bajo la marquesina de la parada, donde los cristales empañados por la humedad, me daban la tranquilidad necesaria para sentir estar a salvo de cualquier imprevisto.

Acababa de salir de la biblioteca, de un día duro de estudios. Me estaba preparando para las últimas oposiciones del SAS, y estaba muy cansado. Los párpados caían, pero... tenía que aguantar, no quería quedarme dormido.

De repente, el silencio de aquel lugar era roto por algunas voces. ¡No sé lo que decían!, el mismo miedo me impedía oír con claridad. No sé, tampoco, si cantaban o peleaban, si reían o lloraban; pero cierto es, que cada vez los tenía más cerca.

Las piernas me temblaban impidiendo que pudiera salir corriendo, un tartamudeo en mi voz no me dejaba gritar en el caso de tener que hacerlo, el tiriteo de mis labios no era consecuencia de frío que recorría mi cuerpo, sólo era por el miedo que tenía a creer que esas voces me llamaban.

Abracé fuerte a mi mochila y esperé a que todo pasara, ofreciendo mi suerte... al tiempo.

Así fue; todo se calmó, o eso parecía, porque no pasó más que unos pocos segundos cuando unas personas sin rostro me acorralaban por sorpresa sobre el rincón de la marquesina empañada, intimidándome como si quisieran hacerme algo. Eran las mismas voces que antes escuché acercarse.

Volvía a sentir los mismos síntomas de terror; el tembleque y el tiriteo que me impedían salir corriendo y gritar.

Todos parecían comerme; cuando de repente, una gran bola de luz se hacía hueco entre la densa niebla. Era mi héroe, el que me iba a salvar de ese acoso al que estaba sometido.

El 152, Sevilla-Palomares, pasando por San Juan para dejarme en Mairena del Aljarafe.

- ¡Oiga, oiga, despierte que nos vamos y se queda aquí!, me dijo el conductor con voz de padre.

¡Desperté!, me había quedado dormido y las personas que me acorralaron eran las mismas que me avisaban para despertar. Todo quedó en un sueño, o tal vez una pesadilla debido, seguramente, al cansancio de un día duro de estudios, pero del que tuve un final feliz. Gracias, a mi héroe, el que me salvó de las garras de... quien sabe quienes eran.

Un héroe que ponía rumbo a mi casa para que pudiera descansar.

Un héroe, mi héroe, tan grande como un autobús.

NOY